

Paz, amor y compromiso

Amos Oz

Traducción de Jorge Brash

El profeta Isaías dice: "El lobo y el cordero pacarán juntos; el león como el buey comerá paja, y la serpiente comerá polvo. No se hará mal ni corrupción en todo mi monte santo, dice Yahvé". (Isaías 65, 25). Además de con la paz celestial, la Biblia también trata con la prosaica paz temporal: "Por lo que dijo Abraham a Lot (su sobrino): Que no haya disputa entre nosotros, ni entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos. Ahí tienes a la vista toda esta tierra: sepárate de mí, te ruego: si tú fueres a la izquierda, yo iré a la derecha; si tú a la derecha, yo a la izquierda." (Génesis 13, 8-9).

Y esto pienso que es el modelo de una paz pragmática en un mundo imperfecto; para que la gente siga relacionándose fraternalmente es a veces necesario que defina sus posiciones respectivas. Mientras aspiremos a una unión amorosa, debemos trabajar sin embargo dentro de los márgenes de las limitaciones humanas.

Damas y caballeros: hace 144 años, más de 500 personas se reunieron en esta iglesia para crear una Alemania democrática. De haberlo conseguido, no sólo el destino de Alemania y de Europa podría haber sido diferente, el destino de mi gente y de mi propia familia habría sido distinto.

A principios de los años treinta mi familia dejó el este de Europa por Jerusalén, llevando una herida que nunca sanó; se veían a sí mismos como europeos mientras la mayor parte de Europa los veía como cosmopolitas indeseables. Hablaban ruso y polaco entre sí, leían en alemán y en inglés para cultivarse, soñaban en yiddish... menos yo: sólo enseñaban hebreo. Quizá temían que, si conocía las lenguas europeas, pudieran seducirme los mortales encantos de Europa, de donde mis padres fueron virtualmente arrojados por el antisemitismo y la persecución. Y no obstante, durante mi infancia, mis padres solían decirme, con dolor y nostalgia en la voz, que un día Jerusalén se convertiría en una "verdadera ciudad". Lo cual quería decir para ellos una ciudad con un río, una catedral en el centro y bosques alrededor. Extrañaban a Europa tanto como la temían. Ahora sé que tal mezcla de emociones se llama amor no correspondido. En los años veinte y en los treinta, mientras mis padres se veían a sí mismos como europeos, casi todo el mundo en Europa era pangermánico, paneslavista o patriota búlgaro. Los europeos en la Europa de ese entonces eran la mayoría judíos, como mi familia.

La creación del Israel moderno fue, entre otras cosas, consecuencia de que en el corazón de muchos judíos, entre ellos mi familia, se dio el triste sentimiento de que aunque en ciertos periodos y lugares haya existido una relación profunda y creativa entre el anfitrión y el huésped, ya era hora de regresar al hogar y reconstruirlo. Lo que se esperaba originalmente

era construir este hogar sobre los fundamentos de la paz y la justicia. El asesinato en masa de los judíos europeos, el conflicto sangriento con los árabes y el trágico enfrentamiento con los palestinos han frustrado en alguna medida los sueños idealistas de los fundadores de Israel. Una paz total y equitativa daría la oportunidad de comenzar de nuevo.

La razón por la que hoy conjuro a esos fantasmas es que tanto mi trabajo literario como mi actividad por la paz se inspiran en ese pasado. Pero creo que el pasado no debe ejercer ningún dominio. Me opongo a cualquier forma de tiranía del pasado.

Quisiera también transmitirles el profundo sentimiento de ambivalencia que experimento aquí y ahora: judío en una iglesia, israelita en Alemania, activista por la paz que ha ido dos veces al campo de batalla movido por su convicción de que no es la guerra en sí misma lo más pernicioso, sino la agresión.

¿De qué podemos hablar los judíos y los alemanes? ¿Qué DEBEMOS discutir juntos? Bueno, un tema es el de nuestros padres y abuelos. El otro tema es el futuro. La civilización europea y la judía estuvieron casadas mucho tiempo. El matrimonio fue destruido por el mal y el crimen, pero hubo descendencia de esta unión. Hay genes europeos en nuestra cultura y genes judíos en la cultura de ustedes. Estos genes no son meros fantasmas: implican un suelo común para la creación conjunta del futuro. No quisiera usar el término "normalización". Lo que espero es que el diálogo se haga más intenso —sin que excluya el dolor, el horror y el amor no correspondido. Porque para mí, la manera de evitar los peligros de intoxicarse con la historia o volverse adicto a ella es considerarla no como un montón de hechos ni como una pila de recuerdos opresivos, sino como un terreno fértil para la pesquisa y la interpretación, con lo que el pasado se vuelve material para construir el futuro.

Mientras presencio las etapas contra los refugiados en Alemania estoy bien consciente de que probablemente este país ha recibido a más de los recientes refugiados que cualquier otra nación europea. También existen racistas y fanáticos en otros lugares. Lo que aquí cabe preguntarse es dónde está toda esa gente que debería estar en las calles defendiendo a su patria de sí misma.

Tal vez el fuego de Sachsenhausen intentaba borrar el monstruoso pasado de Alemania. Pero lo que arde en Sachsenhausen no es el pasado —el pasado, ya sea el de ustedes o el nuestro, no puede arder. No, es el presente y el futuro de Alemania lo que está en peligro de incendiarse.

No se trata únicamente de que Alemania deba proteger a los nuevos inmigrantes y vigilar los monumentos conmemorativos judíos; más bien se trata de la impostergable defensa que Alemania debe emprender frente al racismo violento y la indiferencia.

* Discurso al recibir el premio de la Asociación de Editores y librerías de Alemania.

¿Cómo podemos sacar provecho del pasado? ¿Qué puede hacer aún Auschwitz por los vivos, aparte de inspirar horror, pena y silencio? Entre otras cosas, tal vez consiga imbuirnos la tan necesaria convicción de que el mal existe. Y existe no sólo como los accidentales; no sólo como un fenómeno impersonal, social o burocrático, desprovisto de rostro. No sólo como un dinosaurio de museo. El mal es una opción omnipresente dentro y fuera de nosotros mismos. Los horrores del prejuicio y la crueldad no son tan sólo el resultado del eterno choque entre el sencillo y dulce hombre de la calle y el monstruoso sistema político. El sencillo y dulce hombre de la calle a menudo no es ni dulce ni sencillo. Existe, en cambio, un choque continuo entre las sociedades relativamente decentes y las sangrientas. Para ser más precisos, hemos de preocuparnos de la frecuente cobardía de los individuos y las sociedades relativamente decentes siempre que deban enfrentar a los rudos y opresivos.

En síntesis: el mal no sólo "está allí afuera". Acecha desde dentro, a veces astutamente disfrazado de devoción o idealismo.

Ahora bien, ¿cómo puede uno ser humano, es decir escéptico y capaz de ambivalencia moral y al mismo tiempo tratar de combatir al mal? ¿Cómo puede uno enfrentar al fanatismo sin volverse fanático? ¿Cómo guerrear por una causa noble sin volverse guerrero? ¿Cómo luchar contra la crueldad sin contagiarse de ella? ¿Cómo utilizar la historia evitando los efectos tóxicos de una sobredosis de historia? Hace unos años, en Viena, presencié una manifestación callejera de un grupo de ambientalistas que protestaban contra la experimentación científica que se vale de conejillos de Indias.

Llevaban carteles con la imagen de Jesús rodeado de sufrientes conejillos de Indias. La leyenda decía: "A ellos también los amaba." Y tal vez lo hiciera, pero algunos de los manifestantes daban la impresión de que llegado el momento serían capaces de sacrificar rehenes con tal de poner fin al sufrimiento de los conejillos de Indias. Este síndrome de fiero idealismo, o de fanatismo antifanático, es algo de lo que la gente bien intencionada debería estar pendiente aquí, allá y en todas partes. Como narrador de cuentos y como activista político, me recuerdo constantemente a mí mismo que distinguir el bien del mal es relativamente fácil. El verdadero desafío moral es diferenciar entre distintos grados de gris; evaluar el mal y dividirlo por zonas; para distinguir entre lo malo, lo peor y lo pésimo.

Por muchos años estuve dedicado al movimiento de paz israelita, incluso antes de que "Shalom Achshav" ("Paz ahora") se estableciera en 1977. El movimiento de paz israelita no es un movimiento pacifista, tampoco es producto de las sensibilidades de América y Europa occidental en los sesenta. La Franja Occidental y Gaza no son Vietnam y Afganistán. Israel no es Sudáfrica, y el conflicto árabe-israelí tiene muy poco en común con la historia imperialista y colonial. El movimiento de paz en Israel es, desde mi punto de vista, una expresión de las partes humanistas del sionismo y de los aspectos universalistas del judaísmo.

Dos veces en mi vida, en el 67 y en el 73, he estado en el campo de batalla y he visto el monstruoso rostro de la guerra. Y sigo creyendo que no puede acabarse con la agresión cediendo ante ella y que sólo hay dos cosas que justifican la lucha: la vida y la libertad. Pelearé de nuevo si alguien trata

de quitarme la vida o la de una persona cercana; pelearé si cualquiera trata de esclavizarme. Pero nunca pelearé por los "derechos ancestrales", ni por un espacio extra, ni por recursos, ni por nociones engañosas como el "interés nacional".

El conflicto entre Israel y Palestina es un trágico choque entre los derechos de ambos, entre dos demandas muy convincentes. La tragedia puede resolverse o bien mediante la total destrucción de una de las partes (o de ambas), o mediante un arreglo triste, doloroso e inconsistente mediante el cual cada uno obtenga sólo parte de lo que quiere, y de tal suerte que aunque nadie quede totalmente satisfecho, nadie más muera en el conflicto y empiecen a vivir. Palestina tendrá paz y seguridad en una parte del territorio e Israel vivirá en paz y con seguridad en la otra parte. A la larga es una buena oportunidad de reconciliación gradual, de un cese del conflicto armado, del desarrollo de un mercado común y de que se restañen las heridas.

Nuestro movimiento de paz en Israel no es pro palestino. Existe la absoluta necesidad de hacer la paz entre los israelitas y los palestinos y, por lo tanto, entre Israel y los países árabes, no por culpa y expiación sino por la vida misma. Los israelitas estamos en Israel para quedarnos. Los palestinos están en Palestina y no se irán. Al menos deberíamos de convertirnos en unos razonables vecinos de al lado.

Pero incluso como partidario de que se reparta un territorio pequeño entre las dos naciones, estoy convencido de que ésa no es más que una medida producto de la necesidad. Considero que el de los estados-nación es un sistema malo e insuficiente; creo que sobre este planeta, atestado y amenazado por la pobreza y la descomposición, pueden existir cientos de civilizaciones, miles de tradiciones, millones de comunidades locales y regionales, pero no estados-nación. Particularmente ahora, cuando la autodeterminación nacional se ha deteriorado hasta la sangrienta desintegración en algunas partes del mundo, amenazando a cada uno de nosotros con el aislamiento, debe haber otro tipo de visión. Debe haber formas de satisfacer los anhelos de identidad y autodefinición dentro de una comunidad abarcadora de todo el género humano. Debemos construir un mundo polifónico, más que una cacofonía de naciones egoístas separadas. Nuestra condición humana, nuestra soledad sobre la faz de un planeta vulnerable, de cara al frío silencio cósmico, las inevitables ironías de la vida y la despiadada presencia de la muerte, todo esto debería, a la larga dar lugar a la solidaridad humana, anulando el delirante y furioso parloteo de nuestras diferencias. El patriotismo de bandera debe ceder el paso al patriotismo humanitario, al patriotismo de la tierra, de los bosques, del agua, del aire, de la luz; a las relaciones creativas con la creación misma.

¿Qué puede hacer un narrador de cuentos a propósito de todo esto, además de contar historias? ¿Es razonable que espere conseguir algunos cambios en el corazón del hombre? Sólo tengo respuestas parciales. Tomemos al viejo Tolstói, por ejemplo, quien probablemente influyó más en sus contemporáneos que cualquier otro novelista a lo largo de la historia: millones lo leyeron, cientos de miles lo vieron como un profeta. Pero apenas siete años después de su muerte espectacular y "bíblica", en Rusia no proliferaban los tolstoianos sino los pesonajes salidos de los "Endemoniados" de Dostoievski. Finalmente, los Stavrogins destruyeron a los tolstoianos,

acabaron con los protagonistas de Turgeniev y volvieron a matar al propio Dostoievski. Apenas diez años después de la muerte de Tolstói, el tolstoianismo fue declarado ideología subversiva en su tierra de los soviets. Eso en cuanto a la actual influencia de la literatura en la política y en el rumbo de la historia. Podría haber escogido mis ejemplos de Alemania con la misma facilidad que los tomé de Rusia.

Ahora, habiendo dado a entender que la historia se desentiende por completo de las visiones literarias, tomo un profundo respiro y procedo de inmediato a contradecirme: cabe hacer notar que setenta años después del cataclismo de Lenin, Rusia regresa quizás no a Tolstói pero sí a algo parecido a la melancolía y la parálisis chejovianas.

Viniendo de Israel, habiendo crecido en Jerusalén, esto, por supuesto, consciente de los diversos modos en que la Biblia ha influido en la creación de Israel y en algunos de sus tormentos actuales. A veces parecería que todo en Israel ha salido de los libros. *El Estado de los judíos* es el título de un libro publicado cincuenta años antes de que llegara a ser una nación vivita y coleando (en verdad, dando a veces coleteos demasiado duros). *Tel Aviv* era un volumen de narrativa futurista diez años antes de que se construyera la primerísima casa de aquella ciudad. El kibbutz es el resultado de la difícil mezcla de ciertas tradiciones judías y algunos textos socialistas prerrevolucionarios.

Cuando digo que la literatura no influye y luego que sí influye ¿qué es lo que realmente estoy diciendo? En pocas palabras, estoy convencido de que a veces un libro puede cambiar la vida de mucha gente, pero no necesariamente en la forma en que el autor se lo propuso. Pero incluso esto casi nunca sucede de la noche a la mañana; más bien sucede después de muchos años y a menudo tras serias distorsiones y simplificaciones. No es raro descubrir que los libros malos y llenos de rencor se difunden más rápido que los buenos y penetrantes.

Hay quienes se imaginan que en la tierra de los profetas y dentro de sus tradiciones, los escritores y los poetas desempeñan el papel del profeta. En algunas tradiciones occidentales, se considera a los escritores fundamentalmente como artistas finos y penetrantes. En la tradición judía, o digamos en la tradición judío-eslava, la gente espera de ellos que actúen como sustitutos de los profetas. Algunos de ellos, de veras, se sienten tentados a hacerlo de vez en cuando. Pero no olvidemos que tampoco los profetas, ni siquiera en su tiempo, consiguieron cambiar la forma de pensar de sus gobernantes o el sentir de la gente. Sería, por lo tanto, completamente romántico esperar que en estos días los escritores y los poetas tuvieran mayor influencia de la que los profetas tuvieron en sus días.

Pero olvidemos la profecía. ¿Habrá algo, cualquier cosa, que los escritores conozcan mejor que los choferes de taxi, o que los programadores de computadoras, o incluso que los políticos? ¿Qué, si es que hay algo, puede apoyar la ilusión extendida de que la literatura puede dar lineamientos y servir como conciencia de la sociedad?

Bueno, hay algo que los escritores pueden tener en común con los agentes secretos: cuando se escribe un relato o una novela, uno se pone los zapatos de otros, si no es que se mete dentro de su piel. Constantemente se imagina que es ese otro hombre o esa otra mujer.

Se le confiere voz a una serie de puntos de vista conflictivos y contradictorios con igual grado de empatía o pasión

y, a veces, de compasión. Esto puede ayudar a agudizar la capacidad emocional e intelectual para ver la validez de diversos puntos de vista sobre una misma cuestión.

El otro "mérito" es la relación íntima con el lenguaje: quien se pasa la mitad de la vida eligiendo entre distintos adverbios y adjetivos, examinando sustantivos y verbos, atormentándose con la puntuación, una persona así puede también estar bien equipada para captar los primeros signos de corrupción del lenguaje. No necesito decirles que la corrupción del lenguaje sea anunciar las peores atrocidades. En cualquier sitio donde a ciertos grupos se les llame, por ejemplo, "elementos negativos", o "parásitos" o "extranjeros indeseables", tarde o temprano se les tratará como a seres menos que humanos.

Entonces, los escritores están equipados para servir como detectores de humo del lenguaje, y quizá como la brigada de incendios del lenguaje. Ellos pueden ser los primeros en oler la deshumanización del vocabulario y, por lo tanto, su obligación moral es la de gritar: "¡fuego!" siempre que lo huelan. (Que se les preste atención es harina de otro costal. Permítanme recordarles ese cuento de Kierkegaard en que el actor gritaba: "¡fuego! y el público le aplaudía y le gritaba "¡bravo!")

Tanto si mueven montañas o sólo cambian puntos y comas, los escritores son ante todo expertos en elegir palabras, combinarlas y recombinarlas una y otra vez. Creo que elegir y combinar palabras es en cierto modo un asunto moral. Al preferir cierto verbo, al evitar frases hechas y modismos o utilizarlos al revés, uno toma una decisión que tendrá una consecuencia ética, así sea microscópica. Las palabras pueden matar, eso lo sabemos de sobra. Pero pueden también curar, hasta cierto punto.

He aquí mi dilema. ¿Qué debe hacer un hombre de letras si tiene por vecinos a la injusticia, los prejuicios y la violencia? ¿Qué debe hacer ese hombre cuando todo lo que tiene es una pluma, una voz y a veces un público más o menos atento? ¿Qué hacer cuando nuestro elemental sentido de la decencia nos pide que tratemos de combatir los males de la política, más allá de sólo observarla, describirla y descifrarla? ¿Qué hacer ante la opción al parecer imposible entre la decencia civil y la integridad artística?

¿Es inmoral para un escritor convertir su pluma en un arma política, o es inmoral para él no convertirla, a fuerza de golpes, en su espada? No tengo una respuesta universalmente válida. Todo lo que puedo compartir con ustedes es mi propio e inconsistente compromiso. He participado en política, sin entregarme por completo al oficio vulgar de producir manifestos, o toscos sermones, o simplistas alegorías políticas.

Cuando me doy cuenta de que estoy de acuerdo conmigo mismo en un cien por ciento, no escribo un relato: escribo un airado artículo diciéndole a mi gobierno qué hacer, a veces le digo a dónde ir (y no es que me escuche). Pero si encuentro más de un argumento dentro de mí, más de una sola voz, ciertas veces sucede que las distintas voces se desarrollan hasta convertirse en personajes y entonces sé que en mí se gesta un relato. Escribo narraciones precisamente cuando puedo participar de varias exigencias antagónicas, de diversas posturas morales y de posiciones emocionales contradictorias. Hay un viejo cuento jasídico acerca de un rabino que es llamado a juzgar dos alegatos contradictorios por una misma cabra. Su veredicto es que los dos demandantes

tienen razón. Más tarde, en su casa, su mujer le dice que es imposible: ¿cómo ambos pueden estar en lo correcto si reclaman la misma cabra. El rabino reflexiona por un momento y dice: "¿Sabes, querida esposa? tú también estás en lo cierto."

Bueno, a veces soy ese rabino.

Nuestros lectores en Israel no siempre disciernen entre la narrativa y el ensayo. Suelen leer un mensaje político simplista dentro de lo que se proponía ser un relato polifónico. Fuera de Israel existe también la tendencia a leer nuestra literatura como una alegoría política, pero ése es frecuentemente el destino de las novelas que surgen de los lugares conflictivos del mundo. Uno piensa que ha escrito música de cámara, un cuento sobre una familia, pero los lectores dicen: "¡Ah! seguro que la madre representa los viejos valores, que el padre es el gobierno y que la hija debe ser el símbolo de la economía hecha añicos."

Al final del día, y me refiero literalmente al final de cada día lleno de furioso y delirante parloteo llega el turno de una pequeña y silenciosa voz. Ese es el momento en el que a veces reflexiono no sobre tal o cual argumento político útil, ni sobre el adverbio adecuado para una obstinada frase en un relato, sino, por ejemplo, acerca de las famosas palabras de Jesús: "¡Perdónalos, pues no saben lo que hacen!" De hecho, pienso que se equivocaba, no en lo que respecta al perdón sino acerca del conocimiento. Creo que todos sabemos bien qué estamos haciendo. Lo sabemos en el fondo. Todos hemos comido de la fruta del árbol cuyo nombre completo es "el árbol del conocimiento del bien y del mal". Estoy convencido de que cada ser humano sabe muy bien lo que es el dolor —todos lo experimentamos— y, por lo tanto, siempre que un ser humano inflige dolor y lo que es peor, a otro ser humano, sabe lo que está haciendo.

Así de simple es mi credo. Y dado que sabemos lo que estamos haciendo siempre que infligimos dolor a otros, somos también responsables de ello. Podemos todavía perdonar, podemos todavía ser perdonados, pero no con fundamento en la inocencia o la moral infantil.

¿Qué hago ahora, recorriendo todo este camino desde Jerusalén a Paulskirche para entablar una discusión con Jesús? Bueno, los judíos nunca hemos podido guardarnos las discrepancias dentro de nosotros mismos.

Y a veces, al final del día, reflexiono sobre la observación de Manuel Kant sobre "la madera torcida de la humanidad, con la del cual nunca podrá tallarse nada recto" ("...aus so krummem Holze, woraus de Mensch gemacht ist, kann nichts ganz Gerades gezimmert werden."). Desearía saber por qué una y otra vez, por miles de años, tantos redentores, ideólogos y reformadores del mundo han intentado justamente eso, valiéndose de sierras y hachas: tallar algo recto y bien proporcionado a partir de la torcida madera de la humanidad. En vez de tratar inútilmente de cambiar a los otros, por qué no simplemente nos recordamos a nosotros mismos, de vez en cuando, que nadie debería agregar más dolor a la angustia que nos ha sido asignada en la vida, además de la que nos inflige la muerte. ¿Qué muy en el fondo todos nuestros secretos son el mismo? ¿Que ningún hombre es una isla? (John Donne) ¿Que la muerte no tendrá dominio? (Dylan Thomas)

Finalmente, cuando la brisa del crepúsculo empieza a soplar sobre las cada vez más oscuras colinas del desierto, se toma la pluma y se empieza a escribir otra vez, trabajando

como un relojero pasado de moda, con una lente de aumento en un ojo y un par de pinzas entre los dedos; sosteniendo e inspeccionando a contraluz un adjetivo, cambiando un adverbio equivocado, ajustando un verbo flojo, remodelando un modismo gastado. Ahora es cuando lo que uno siente dentro de sí se encuentra lejos de cualquier rectitud política. Es más bien una extraña mezcla de furia y compasión; de intimidad con los personajes combinada con una indiferencia absoluta. Se escribe, no como quien lucha por la paz, sino más bien como quien engendra paz y se siente ansioso de compartirla con sus lectores escribiendo con un simple imperativo ético: "Trata de comprenderlo todo. Perdona una parte. Y no olvides nada."

¿Escribir acerca de qué? El poeta israelí Natan Zach me dio una buena definición de mi asunto:

Este es un poema sobre la gente
Sobre lo que piensa
Y sobre lo que quiere
Y sobre lo que piensa
que quiere.
Pocas otras cosas en el mundo
Merecen nuestra atención...

Y en efecto escribo sobre la gente, y sobre lo que piensa, y sobre lo que quiere y sobre lo que piensa que quiere. ¿Qué más hay? Bueno, está también el coro primigenio: muerte y deseo, locura y soledad, vanidad, vacío, sueño y desolación. Hay ríos que fluyen, montañas silenciosas, océanos y desiertos. Y está, por supuesto, el lenguaje mismo, el más peligroso de los instrumentos musicales. Finalmente, hay dos antiguos y malhumorados siameses, el Bien y el Mal, mudándose de la vida a los libros y de vuelta nunca separados, nunca satisfechos, mostrándote siempre sus esqueléticos dedos en movimiento, haciéndote pensar que mejor hubieras sido músico. Pero no, estás confinado a las palabras y, por lo tanto, a la responsabilidad de cualquier mal uso que se haga de ellas, al menos dentro de tu propio lenguaje.

La defensa del lenguaje es mi única manera de promover la paz: una incesante lucha contra la degradación del lenguaje, contra la perpetuación de los estereotipos del racismo y la intolerancia, contra la celebración de la violencia. Una y otra vez me han horrorizado las palabras utilizadas para promover incluso mis propias novelas en los países civilizados: "poderosa", "aplastante", "abrumadora", "explosiva".

No creo en la posibilidad de una paz perfecta: recuérdese "la madera torcida de la humanidad". Más bien trabajo por un triste, sobrio e imperfecto compromiso entre los individuos y entre las comunidades que están destinadas a permanecer siempre divididas y distintas pero que son capaces de arreglárselas para coexistir de manera imperfecta. Dice el salmista: "La misericordia y la verdad se encuentran: la justicia y la paz se han tocado" (Salmo 85, 10-11). Sin embargo, el Talmud señala una tensión inherente entre la paz y la justicia, y ofrece un concepto más pragmático: "Pero donde la justicia prevalece, no hay paz, y donde la paz prevalece no hay justicia. Entonces ¿dónde hay una justicia que contenga paz? En verdad está en la división" (Sanhedrin 6, p. 2).

El rabino Nachman de Bratislava (1772-1810), uno de los líderes más destacados del movimiento jasídico, dice: "Lo

fundamental para hacer la paz es poner juntos dos contrarios Nunca temas... cuando ves dos partidos totalmente antagónicos... sin duda lo esencial de la paz es tratar de hacerla entre dos contrarios." (Likutei Ha Moharan. Parte A)

Todo lo que puedo agregar a esto es la idea de que sólo la muerte es perfecta. La paz, como la vida misma, no es un brote de amor y comunión mística entre enemigos sino precisamente un arreglo justo y sensato entre contrarios.

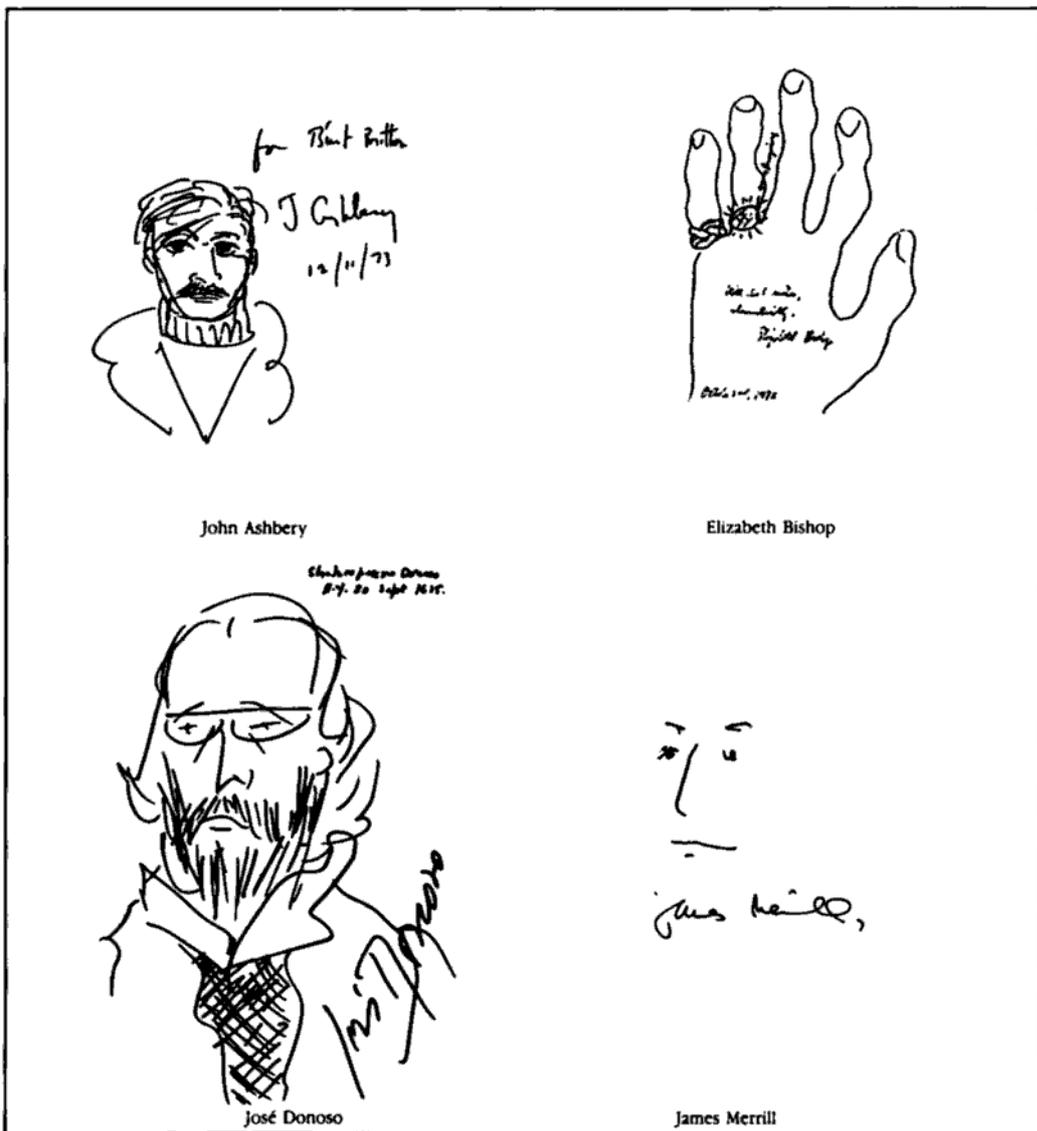
Deseo agradecer a la Asociación de Editores y Libreros Alemanes haberme honrado con este importante premio, con

lo que quizá apoyan el espíritu de paz de Israel y las actitudes morales y políticas de la mayor parte de la literatura hebrea. Quiero agradecer a mi querido amigo y amado novelista Siegfried Lenz, por presentarme hoy de una manera tan calurosa y por darme a conocer algo de Alemania a través de sus novelas y ensayos.

Quiero agradecer a mis amigos que hayan estado aquí hoy, y sobre todo quiero agradecer a mi esposa y a mis hijos haberme proporcionado amor y paz.

Para todos ustedes, ¡Shalom!

□



John Ashbery

Elizabeth Bishop

José Donoso

James Merrill